

Temas de debate

BOLETÍN DEL PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN ESTRATÉGICA EN BOLIVIA

Al analizar el 12 y 13 de febrero suele prevalecer una visión relacionada con la insubordinación armada, el quiebre democrático y las angustias de la gobernabilidad. Sin embargo, una aproximación social a esas 36 horas de democracia en blanco y negro permite descubrir que los autores y las víctimas del 12 y 13 son, abrumadoramente, jóvenes.

Los jóvenes, desde el 12 y el 13 de febrero

Hay acontecimientos cuyo impacto en el subconsciente colectivo es tan severo que acaba por neutralizar temporalmente la capacidad de una sociedad para reflexionar sobre lo ocurrido. En definitiva, para enfrentarlo colectivamente. Algo así ha sucedido con las jornadas de insurrección, saqueo y muerte del 12 y 13 de febrero. Con un efecto tal que, a pesar de las imágenes repetidas y de los videos recurrentes, la sociedad parece haber optado por una amnesia deliberada, útil para anestesiarse y olvidar cuestiones dolorosamente reveladoras y fundamentales si se quiere comprender el porqué de las 36 horas que sacudieron La Paz y El Alto.

Parte de esa amnesia envuelve la participación de los jóvenes en el conflicto. Sin embargo, por mucha anestesia que se aplique, es innegable que los protagonistas, la "mano de obra", los rostros voluntarios o accidentales de las jornadas que provocaron un prolongado infarto democrático, fueron jóvenes. Mientras los francotiradores hacían política desde los techos, al otro lado, en las calles, los tutores de la insurgencia eran, incluso, adolescentes.

El 12 y 13 la presencia de los jóvenes fue abundante y definitiva. Estuvieron, a golpe de piedra, en la inauguración del conflicto; entre los amotinados y también, al frente, entre los que apuntaban, temblando, fusil en mano y con apenas unos días de instrucción militar.

Fueron jóvenes los que murieron, los heridos, los saqueadores, los "interventores" de las sedes políticas, los que trataban de descifrar la clave de los cajeros automáticos, los que decapitaron el peaje de la autopista, los del aquelarre de fuego en la alcaldía de El Alto, los que se probaban zapatos en "Manaco" y los que accedían por primera vez a las importaciones de "Ismar"... Estudiantes, desocupados, universitarios sin universidad, activistas, uniformados de ocasión, lustrabotas, lumpen callejero, muchedumbre, policías sin graduación, leva barata, asistentes para el reciclaje de los humeantes archivos ministeriales, actores de la marginalidad, agrupaciones nocturnas casuales, pandillas adaptadas al caos...

JÓVENES AYMARAS URBANOS

De los 31 fallecidos, 22 eran menores de 25 años

La tragedia de febrero acabó, a balazos, con la vida de 31 ciudadanos bolivianos: 16 civiles, diez policías y cinco militares. El perfil promedio de la víctima es el de un varón de origen aymara, de 24.5 años. La única mujer muerta fue la enfermera Ana Lourdes Colque Quispe, de 24 años.



De los 31 fallecidos, 22 eran menores de 25 años, es decir, el 71 por ciento. De éstos, siete tenían 20 años y cinco menos de 19. Las dos víctimas más jóvenes fueron civiles: Julián Huáscar Calcina y Fidel Angel López Siñani, ambos de 16 años. Sólo tres de los 16 civiles abatidos por la balas tenían más de 25 años. ¿Cómo murieron los jóvenes civiles? Igual que los demás: muertos PAF (por Proyecto de Arma de Fuego).

En el campo de batalla, siete de los diez policías caídos durante el amotinamiento del día 12 eran menores de 30 años. Al otro lado de la plaza, sólo uno de los cinco militares muertos en acto de servicio tenía más de 20 años: los otros cuatro eran adolescentes conscriptos, carne de cañón del infortunio.

Por otra parte, de los 189 heridos que abarrotaron los hospitales (106 civiles, 53 militares y 30 policías) sólo se registró la edad de los civiles. Ciudadanos, transeúntes, curiosos, voluntarios y vecinos de a pie con una edad promedio de 27.8 años. El 52 por ciento de los civiles heridos tenía menos de 26 años. De estos 55 heridos jóvenes, cinco son mujeres.

Una de las características especialmente macabras del conflicto social boliviano es que los que se enfrentan y las víctimas de uno y otro lado desempeñan, en realidad, papeles asignados por terceros y roles ocasionales que perfectamente podrían ser intercambiables. De tal forma que los jóvenes policías aniquilados por las balas hubieran podido ser militares o al revés. Una revisión de los apellidos confirma esta forma aleatoria pero invariablemente indígena de repartir la muerte. Entre los uniformados y los civiles muertos hay cuatro "mamanis", dos "colques" y dos "quispes" apenas diferenciados por la intensidad del verde del uniforme agujereado. Diez de los 15 uniformados abatidos el día 12 están marcados por algún apellido indígena. Porcentaje que se incrementa en el caso de los civiles: 14 de los 16 fallecidos comparten algún apellido aymara o quechua. En otras palabras, el 77 por ciento de los bolivianos que dejaron la vida en la absurdidad del 12 y 13, se distinguen por ser portadores de un "nombre de familia" indígena.

(pasa a la página 2)

La política no es sólo un escenario de exclusión para indígenas y campesinos; es también un lugar restringido para los jóvenes. Sobre todo en las instancias de decisión del Estado, tanto a nivel nacional —Parlamento— como a nivel local —Concejos Municipales—. Por eso es inusual encontrar jóvenes políticos en esos espacios. Pero los hay. Dos de ellos reflexionan sobre el 12 y 13: Alejandro Zapata, diputado uninominal y Cecilia Barja, concejal paceña. Ambos tienen algo en común: son los más jóvenes en sus respectivos ámbitos políticos.

El 12 y 13 visto por jóvenes políticos

Actualmente, en el Congreso Nacional, de los 157 parlamentarios, tan sólo cinco —es decir, el tres por ciento— son menores de 35 años. El diputado más joven de la Cámara Baja es Óscar Vargas (NFR), periodista de 29 años. Le sigue Elsa Guevara, dirigente campesina chuquisaqueña y diputada del MIR, con 32 años. Luego, el diputado alteño, Alejandro Zapata (NFR) y la diputada pandina Ana Lucía Reis; ambos son uninominales y tienen 33 años. El quinto, con 34 años, es Jaime Paz Pereira, uninominal del MIR.

Alejandro Zapata, el uninominal más joven
“SOY JOVEN, AYMARA Y ME SIENTO DISCRIMINADO EN EL PARLAMENTO”

¿Por qué hay tan pocos jóvenes en el Parlamento?

— Por lo general a los jóvenes se los aparta de los espacios de decisión, más aún si se trata de política. La mayoría de los jóvenes diputados son plurinominales, vienen en una lista de cajón. He notado que lo que buscan es experiencia y que proceden de círculos empresariales. Por lo tanto, tienen poca conciencia de lo que es la Bolivia profunda.

¿Cómo te explicas los brotes de violencia de los jóvenes alteños durante el 12 y 13 de febrero?

— El Alto es, por naturaleza, una ciudad opositora porque ninguno de los gobiernos ha solucionado el problema de necesidad, de miseria y de hambre. Han reestudiado nuestra pobreza y sirvió de poco. En el tema de la universidad, por ejemplo, durante muchos años los alteños hemos pedido que la UMSA nos atienda y deje de vernos únicamente como posibles técnicos porque es una visión discriminadora. Como eso no ha sucedido, El Alto tomó la decisión de tener su propia universidad y ya van tres años de permanente conflicto. Estamos viendo una joven generación de alteños rebeldes que está chocando con un muro de frustraciones. Y frente a eso, el 12 y 13, la política no podía haber caído más bajo.

¿Cómo describirías a esos jóvenes?

— Yo he estado en la misma situación que esos jóvenes. Fui presidente del colegio Ayacucho y tal vez en otras circunstancias yo también podría haber sido uno de los que apedreó Palacio. ¿Qué es lo que sucede con estos jóvenes? No ven futuro alguno. Mi caso es un ejemplo: mi padre sin empleo, mi madre una persona gremial, vendiendo en los mercados para sobrevivir; yo muchas veces bajaba de El Alto a pie para estudiar y decía: “Si continúa esta vida así qué futuro tengo”. Es frustrante no tener alternativa. Los jóvenes del 12 y 13 creen que su único futuro posible es ser obreros de una fábrica o trabajadores gremiales. No hay más expectativa. Entonces te vas contra la alcaldía o contra la embotelladora de Coca Cola porque ahí ves a gente que sale con sus autos, gente profesional que va a almorzar a restaurantes lujosos y tú quisieras aspirar a lo mismo. Pero ves tu realidad, regresas a tu casa y te han cortado la luz y el agua, tu mamá y tu papá están peleando porque no hay plata para pagar la comida, uno de tus hermanos está enfermo, entonces, ¿cuál es tu condición?... Estás realmente agresivo hacia todo... Los conflictos en mi casa eran tan grandes que me preguntaba: “¿Qué hago, robo?”.

¿Crees que haya preocupación por diseñar políticas para jóvenes?

— Definitivamente no hay. En las campañas se habló de Ministerio de la Juventud y no sé qué más, todo retórica. Se puede decir que en el Parlamento, en este momento, no hay acciones que beneficien a los jóvenes.

Durante este primer año de gestión legislativa, ¿recuerdas alguna política o iniciativa específica para jóvenes?

— No una política nacional sino acciones dispersas de parlamentarios que decían: “Para Santa Cruz la gran caravana de la juventud”, u otras iniciativas similares. Éstas son acciones que no cambian la vida del joven, no le dan un



(viene de la página 1)

Este parentesco silenciado se vuelve casi unánime si se revisa la identidad de los heridos tanto civiles como uniformados. Entre ellos se puede encontrar a 28 “mamanis”, 21 “quispes”, nueve “apazas”, nueve “condoris” ocho “choques” y cinco “huancas”. El 84 por ciento de los heridos —159 de 189— tiene alguna herencia aymara o quechua en sus apellidos. Armandando el puzzle de la identidades, resulta que el 12 y 13 no sólo fue un asunto de jóvenes sino que también los destinatarios de las balas compartían una misma genealogía.

LOS ESCENARIOS DE LA MANIFESTACIÓN JUVENIL

El 12 y 13 eclosionaron las distintas geografías urbanas donde se acumulan las tensiones de una juventud que se define, esencialmente, por su exclusión. Durante unas horas se condensó todo el potencial de manifestación, reivindicación, conflicto y hasta de destrucción de jóvenes agregados y desagregados multitudinariamente según la oportunidad, el tipo de demanda o cabreo, el carácter del enfrentamiento y el grado de convocatoria y oposición estatal. El 12 y 13 los jóvenes tomaron la revancha. Convertieron un derecho bloqueado de participación en una mueca brutal de inclusión desafortunadamente violenta. Sin necesidad de discurso ni de manuales de doctrina ideológica, los hijos de la democracia dejaron muy claro, en cuestión de horas, qué piensan de los últimos 21 años.

Jóvenes del Ayacucho: la lapidación del poder

El miércoles 12 de febrero, mientras marchaban en inmediaciones de la Plaza Murillo por una reivindicación académica rutinaria, los estudiantes del colegio Ayacucho se encontraron frente a una inusual “ventana de oportunidad”: el motín policial, la anormal ausencia de defensa del enclave nacional del poder político y un ambiente propicio e inflamable —con un “impuestazo” como combustible derramado por las calles— convirtieron a los estudiantes en el catalizador de algo que ni ellos imaginaban: un enfrentamiento armado en plena Plaza Murillo.

Adolescentes quinceañeros excitados por la consumación máxima de su rebeldía se regocijaron en el acto de humillación política más contundente de las dos jornadas: la lapidación de Palacio de Gobierno. Los jóvenes le cambiaron el participio a la arquitectura política: de Palacio Quemado a Palacio Lapidado.

La catarsis duró poco pero lo suficiente como para ponerle carne y hueso a uno de los hallazgos teóricos de la investigación *Los jóvenes en democracia: La cultura política de la juventud cochabambina* (PIEB:2003) que dice en sus conclusiones:

“En general, podemos decir que asistimos a una época signada por la deslegitimación de la institucionalidad democrática que abonda la incertidumbre social, en la medida que los valores, códigos o normas que hacen a la unidad orgánica de una comunidad democrática van transmutando; en el caso de los jóvenes, estos cambios configuran su cultura política”. ¿Existe mayor deslegitimación de la institucionalidad democrática que la lapidación de su símbolo fundamental?

Policías y militares: jóvenes uniformados por la necesidad

El día 12 de febrero, mientras los dueños del discurso y de las órdenes eran los bien parapetados jefes del motín y la política impúdica siempre lista para salir por la puerta de atrás, los que morían eran jóvenes perplejos,

temblosos y utilizados para una sangría ajena. 10 de los 15 uniformados muertos eran menores de 26 años.

Los soldados que enfrentaron la insurrección fueron conscriptos desafortunados que acababan de ingresar al cuartel y que apenas tenían días de instrucción militar. Alguien les dio un fusil y los puso entre la muerte y la pared. En la plaza Murillo se registraron auténticas escenas de pavor juvenil militar: conscriptos que recurrían al orín para defenderse de los gases, adolescentes con ataques de pánico, soldados que no sabían hacia dónde apuntar sus armas y otros que, por falta de instrucción y terror, acabaron por usarlas accidentalmente (uno de los conscriptos muertos falleció al accionar su fusil por error). Elvis Telésforo Saravia Balboa, de 19 años, fue el uniformado muerto más joven. En nombre de la Constitución y de la democracia, el Estado utilizó a los más desvalidos, jóvenes y marginales para defenderse. El día 12, el Servicio Militar Obligatorio (SMO) tuvo un uso fratricida.

La explicación de esta cruel versión del deber cívico militar está retratada en la investigación *Soldados y Ciudadanos: un estudio crítico sobre el servicio militar obligatorio en Bolivia* (PIEB: 1998): “*La masiva omisión militar de la población urbana, concentrada fundamentalmente entre clases sociales dominantes y en amplios sectores de clase media, se justifica y soslaya admitiendo el Servicio Militar Obligatorio (SMO) como una institución reservada para los campesinos. Así, el SMO opera como agente de diferenciación social con arreglo no solo a privilegios de clase sino, también, a valores de superioridad cultural.*”

Así como en el ejército, el servicio militar es expresión de una práctica racista estatal; en la Policía, la marginación y la exclusión se manifiestan en la misma composición institucional. Nueve de los diez policías amotinados que murieron el miércoles 12 de febrero, pertenecían al escalafón más bajo de la institución, al de “clases y policías”: seis cabos y tres sargentos. De igual forma, 28 de los 30 policías heridos —es decir, el 93 por ciento— procedían de ese mismo escalafón: 25 policías y tres cabos. El día del motín los oficiales debieron escapar a tiempo puesto que, en la lista de muertos y heridos sólo figuran tres: Un teniente fallecido y un mayor y un subteniente heridos.

Los jóvenes de la UPEA: las aulas como barricadas

El 12 y 13 el nombre de los jóvenes de la Universidad Pública de El Alto (UPEA) sonó, una y otra vez, en las crónicas periodísticas. Se los vio —o se los quiso ver— en casi todos los escenarios posibles: junto a la policía amotinada, en la aniquilación de las cabinas del peaje, en los saqueos a la alcaldía de El Alto, Aguas del Illimani, Electropaz y a distintas entidades financieras en la avenida 6 de Marzo. También, la madrugada del jueves se los nombró entre lavadoras, electrodomésticos y otros contrabandos, en el saqueo a los almacenes de la Aduana.

A tres años y pocos días de la promulgación —el 5 de septiembre de 2000— de la Ley 2115, la creación de la UPEA sigue siendo una especie de mentira concesional que se permitió el Estado para quitarse de encima a una muchachada y a una ciudad de 700 mil habitantes que desde 1989 venía pidiendo —incluso mediante la recolección de ladrillos para iniciar su construcción— una puerta de entrada a la educación superior. Los jóvenes alteños marginados de otras universidades y producto de una educación básica desastrosa, se inventaron una universidad porque la necesitan, aunque académicamente sea una ficción. Hoy, como ayer —y probablemente como mañana— siguen y seguirán esperando la repetida promesa de que el Parlamento trate su proyecto de ley.

(pasa a la página 4)

escenario real de participación, o sea no hay una decisión del Estado de cambiar el país. Por eso hay que hablar del tema de la Constituyente, para ampliar el Estado; si los jóvenes están discriminados imagínate los campesinos.

Desde el Parlamento, ¿cuáles crees que deberían ser las prioridades en cuanto a políticas para jóvenes?

— Yo creo que el joven debe ser insertado en los niveles de decisión, no solamente de participación. Todos decidimos sobre ellos pero ellos nada deciden. Yo, antes de tener contacto con el que fue el delegado presidencial para El Alto (padre Sebastián Obermaier) trabajaba en la fábrica Acribol. Si no hubiera tenido este contacto habría continuado siendo obrero. No he tenido más oportunidades, no he tenido estudio de licenciatura, mi formación es mínima, todo lo que nosotros hemos aprendido ha sido en la calle, en los mercados...

La mayoría de los muertos y beridos el 12 y 13 son jóvenes aymaras. ¿Cómo analizas el factor étnico?

— Definitivamente, aquí hay élites y hay discriminación. Incluso en este Parlamento. Yo soy diputado nacional pero me siento discriminado. Entiendo que definitivamente hemos entrado a niveles que solamente eran para algunas familias, clases o castas. Es una cuestión de piel, de raza y de clase. Sin embargo, creo que no debemos levantar los brazos, yo estoy muy orgulloso de mi raza, de mi tradición y de mi madre que es de pollera.

**Celilia Barja, concejal del MSM en La Paz
“LOS JÓVENES SOMOS MASA,
MORIMOS EN NOMBRE DE OTROS”**

La participación de los jóvenes está en cada uno de los rincones del 12 y 13 de febrero...

— Creo que podemos hacer un proceso de comparación con lo que ha sido la guerra del agua en Cochabamba, como que el joven es la masa, contingencia de sentimientos. No importa si eres sociedad civil, policía, gobernante o militar pero no eres cabeza: eres masa. Por eso creo que los jóvenes que han muerto ese día lo han hecho con un rol asignado por el Estado pero no asumido por ellos. Ésa es la diferencia de los jóvenes ahora: morimos en nombre de otros, morimos por un Estado que no es el nuestro. Sin embargo, lo que necesitamos es la cualificación de liderazgo. Si en ese momento de conflicto, esos jóvenes en vez de tirar piedras o lanzar consignas contra el Estado hubieran podido formular un nuevo tipo de Estado, entonces habrían sido generación. Lamentablemente, los dos millones y medio de jóvenes del país sólo somos un grupo etéreo, un día nos confrontamos al Estado y al día siguiente volvemos a ser vasallos y clandestinos.

Se ha hablado de los hijos desencantados de la democracia. En este sentido, ¿qué piensas de la radicalidad de los jóvenes alteños?

— El cabreo de los jóvenes de El Alto tiene que llegar a un nivel en el que el choque sea tan fuerte que vuelva para atrás para conformarse nuevamente como grupo. En El Alto va a haber una formación juvenil muy fuerte de cara a las próximas elecciones municipales. Ante esto, la cuestión es cómo se genera en estos jóvenes un nuevo tipo de cultura política.

También se dice que esta juventud es rebelde a pesar de no haber conocido los ciclos autoritarios...

— Eso es falso, la que hemos vivido durante estos últimos 22 años es una democracia militarizada. Siempre hemos estado con manifestaciones populares y con represiones policiales y militares. La muerte es una presencia cotidiana en nuestras vidas. Todo este proceso de construcción de democracia ha sido muy violento. Además, hoy más que nunca, hay una violencia directa hacia el joven: “Vos no hablas, vos me escuchas, no tienes criterio, eres pandillero, eres drogadicto, eres alcohólico, eres la inseguridad para nosotros como sociedad”.

¿Cómo ves el factor étnico y de identidad en relación al conflicto?

— Los que han muerto son gente de base. Ese movimiento, por ejemplo, nunca hubiera llegado a la zona sur. Yo hubiera querido saber qué hubiera pasado si se hubieran transgredido nuestros límites virtuales y fácticos...

Crees que los jóvenes tienen expectativas de mejorar sus opciones de participación política...

— Parecería que por la vía democrática y de reflexión de lo que ha sido el 12 y 13 de febrero no hay mucha intención de mejorar las condiciones... Después de lo sucedido, hay una especie de reacción contraria: miedo a la posibilidad de construir, miedo a que indiada baje a zona sur... Parece que tienen que haber otros 12 y 13 de febrero para que nos cale a los bolivianos la idea de que no estamos bien y que esto no se arregla cambiando un Presidente sino cambiando una lógica de gobernar.

¿Cómo se planifican políticas para jóvenes desde el ámbito municipal al que perteneces?

— Nuestro principal esfuerzo ha sido la generación del Consejo de la Juventud. Una instancia que no ha sido manipulada y que es un espacio de 220 organizaciones donde se definen las políticas generacionales del municipio.



El Estado ha construido una agenda de prioridades para atender el tema jóvenes; en el documento existen algunas promesas legislativas y de construcción de institucionalidad. Desde las ciencias sociales, el PIEB se ha planteado un reto: comprender el presente y futuro de los jóvenes en Bolivia, tema de la Tercera Convocatoria Nacional para este sector.

¿Cómo acercarse a los jóvenes? Agendas para los jóvenes

AGENDA DEL VICEMINISTERIO DE LA JUVENTUD*

- Implementar el Sistema Nacional de Servicios de Atención al Joven y el Sistema Nacional de Participación de la Juventud, conformado por instituciones y organizaciones de la sociedad civil.
- Crear el Fondo de Lucha Contra la Exclusión Social del Joven, con el propósito de canalizar las demandas que corresponden al Sistema de Participación Social de la Juventud.
- Promover el tratamiento y aprobación de la Ley de la Juventud para beneficiar a los jóvenes en aspectos como el reconocimiento de derechos y deberes; la prevención del uso indebido de drogas, el derecho a gozar y participar en la implementación de políticas públicas y sociales; las garantías sobre el derecho a la educación como parte esencial del desarrollo integral (...).
- Se sistematizarán las demandas regionales de los jóvenes para la elaboración de un plan que permita incorporarlas en los Planes de Desarrollo Departamentales y Municipales.
- En la perspectiva de generalizar el pleno respeto a los derechos ciudadanos de la juventud, se coordinará la implementación de servicios de información, defensa de derechos laborales de los jóvenes.
- Simultáneamente se propone conformar el Consejo Nacional de la Niñez y Adolescencia e incrementar el número de Defensorías en las capitales de departamento, así como de los juzgados de la niñez y adolescencia para ciudades intermedias.

*Fuente: Viceministerio de la Juventud, Niñez y tercera edad. (Extracto del Informe de Gestión 2002-2003, Ministerio de la Presidencia)

AGENDA DE INVESTIGACIÓN**

Los jóvenes y su problemática económico laboral

- En un contexto de cambios estructurales en el sistema educativo nacional y de búsqueda de una mejora sustancial en la calidad de la oferta de educación superior y técnica, ¿cuál es la relación entre acceso a la educación para jóvenes y su posterior habilitación en el campo del trabajo?
- La flexibilización laboral y las condiciones de globalización de la economía son elementos que están reconfigurando el modelo económico en Bolivia, ¿qué estrategias son desarrolladas por los jóvenes para poder insertarse en el campo laboral con éxito?
- El modelo económico vigente en el país ha generado cambios en el mundo del trabajo, ¿cuáles son los ámbitos laborales y económicos que absorben la mayor cantidad de jóvenes y en qué condiciones?
- Muchas de las políticas económicas y laborales son hechas por operadores estatales sin previa consulta pero, ¿conocemos cuál es la noción de empleo que tienen los jóvenes?

Culturas juveniles

- La influencia de la globalización, a través de nuevas tecnologías y la cultura de masas, configuran de manera permanente la identidad de los jóvenes, ¿cuáles son las particularidades que tienen estos procesos en un país multicultural y plurilingüe como el nuestro?
- La sociedad boliviana está caracterizada por su diversidad de culturas y clases sociales, lo que plantea permanentes espacios de conflicto o encuentro. En este contexto, ¿cómo se plantean las relaciones de interculturalidad y/o exclusión desde la realidad de los jóvenes?

Ciudadanía y participación política

- ¿Están los sectores jóvenes reconfigurando nuevas formas o visiones de participación ciudadana?
- Partidos políticos, movimientos cívicos o acciones colectivas con espacios recurrentes en la dinámica cotidiana del país, ¿cuáles son los sentidos o estrategias que los jóvenes construyen para participar de ellos?
- Las prácticas de la política en Bolivia están permanentemente sometidas a la crítica de la sociedad civil, ¿cuáles son las nuevas nociones de liderazgo y autoridad que tienen los jóvenes?

** Fuente: Propuesta de agenda temática de la Tercera Convocatoria Nacional para Investigadores(as) Jóvenes (PIEB, 2003).

BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL TEMA

Allerbeck y Rosenmayr.
1978 *Introducción a la Sociología de la Juventud*. Buenos Aires: Kapelusz.
Balardini, Sergio.
2003 *Jóvenes, tecnología, participación y consumo*. CLACSO.
Feixa, Carles.
1999 *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
Fundación PIEB.
2000 *Miradas de jóvenes: Temas de investigación de la segunda convocatoria nacional*. La Paz: PIEB.

Gálvez, José Luis (Coord.).
2001 *Sensacionalismo, valores y jóvenes: El discurso y el consumo de dos periódicos bolivianos de crónica roja*. La Paz: PIEB.
García, Alberto (Coord.).
2003 *La "Guerra del Agua": Abril de 2000, la crisis de la política en Bolivia*. La Paz: PIEB.
García Canclini, Néstor.
1995 *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo
Guaygua, Germán (Coord.).
2000 *Ser joven en El Alto*. La Paz: PIEB.

López, Álex (Coord.).
2003 *Jailones: En torno a la identidad cultural de los jóvenes de la élite paceña*. La Paz: PIEB.
Maffesoli, Michel.
1988 *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.
Quintana, Juan R.
1998 *Soldados y ciudadanos: Un estudio crítico sobre el servicio militar obligatorio en Bolivia*. La Paz: PIEB
Tórez, Yuri (Coord.).
2003 *Los jóvenes en democracia: La cultura política de la juventud cochabambina*. La Paz: PIEB.

(viene de la página 3)

Después de tres años, lo que empezara como la lucha por la autonomía —un reclamo, en realidad, contra la dejadez legislativa del Estado— se transformó en una plataforma imprevisible de reivindicaciones: desde octubre de 2000, los jóvenes universitarios de la UPEA se suman a todas y cada una de las movilizaciones sociales que están a su alcance.

Con la penitencia de la marcha, los jóvenes de la periferia alterna demuestran que la exclusión educativa se convierte, tarde o temprano, en cabreo y frustración. Ellos son la viva expresión de la monstruosa brecha entre educación pública y privada. Estas "diferencias" no pueden sino propiciar jóvenes con visiones opuestas del país. Los de los arrabales, son los jóvenes de las rupturas y continuidades respecto a la tradición heredada investigada en *Ser joven en El Alto* (PIEB: 2000). Jóvenes urbanos de origen ayмара, hijos de migrantes, herederos de lo indígena-campesino, es decir, de lo discriminado por excelencia.

EL 12 Y 13, VISTO POR LOS JAILONES

La madrugada del viernes 14 de febrero, cuando ya se había aplacado la furia del día anterior, tres jóvenes aprovechaban, cerveza en mano, las últimas horas de las tanquetas desplegadas en el perímetro de la plaza Murillo para divertirse. Reían en medio del silencio fúnebre de la noche mientras se fotografiaban sobre una de las tanquetas deshabitadas entre la Ingavi y la Genaro Sanjinés. Momentos después sonó la alarma del vehículo militar y un disparo de advertencia una cuadra abajo. Los jóvenes, divertidos, corrieron...

Ellos, bien podrían ser los herederos del poder político y económico, sin conciencia de clase ni sentido histórico. Predestinados líderes de un proyecto de país inexistente. Ostentadores. Exhibicionistas de privilegios. Practicantes de un racismo consentido y reforzado a diario. Así, con crudeza, describe la investigación *Jailones: En torno a la identidad cultural de los jóvenes de la élite paceña* (PIEB:2003) a los cómodos residentes del sur de la ciudad.

Pero, ¿cómo vieron desde esas latitudes el conflicto urbano del 12 y 13, el de los "otros" jóvenes? Con temeraria distancia, desconocimiento y absoluta ajenidad. Como algo que sucedió en el rumor de alguna periferia percibida como un lugar molesto e impropio. Pero a la ignorancia, la despreocupación y el desconocimiento por lo que le sucede a otros jóvenes, se añade, en algunos casos, algo mucho más preocupante: la exposición lúdica, feliz y sonriente de un racismo sin disimulo.

EL PASADO ES DE LOS JÓVENES

Cuando la política está apurada no duda en prometerles el futuro a los jóvenes. Sin embargo, a la luz de la realidad esto no puede entenderse más que como una ironía: a los jóvenes del 12 y 13 se les ofreció el pasado. Mientras en el mundo "posmoderno" se interpreta a los jóvenes por su consumo, por sus formas de comunicación, por individualismo narcisista o por su aporte estratégico, aquí su protagonismo está confinado al conflicto.

Un confinamiento que tarde o temprano tendrá que ser abolido, por ellos y por una democracia de la que aún siguen esperando cosechas demoradas. Al fin y al cabo, los rostros del 12 y 13 son sólo la expresión crítica de un gigantesco collage de jóvenes que hasta en las más remotas latitudes del país son portadores de una inmensa vocación solidaria y de una diversidad tan fecunda que será, tarde o temprano, la tierra fértil del cambio.